

SOBRE LA FE EN EL DETERMINISMO ECONÓMICO

*Karl Polanyi**

Mi tesis fundamental es:

a) El determinismo económico fue, sobre todo, un fenómeno del siglo XIX, que ya no funciona en casi ningún lugar del mundo; sólo fue efectivo bajo la forma de un sistema de mercado, que rápidamente está desapareciendo en Europa;

b) El sistema de mercado distorsionó violentamente nuestros puntos de vista sobre el hombre y la sociedad;

c) Estos puntos de vista distorsionados constituyen uno de los principales obstáculos para la solución de los problemas de nuestra civilización.

Definición de la fase actual de nuestra civilización

Para un historiador no sería difícil definir la fase a la que hemos llegado.

*Traducción de Laura Pagaldar.

El periodo se denomina civilización industrial. Transcurrida ya la primera fase del mismo, nos encontramos en la segunda. La época mecanicista, o civilización industrial, que comenzó allá por el siglo XVIII, está aún muy lejos de su fin. Su primera fase ha recibido distintos nombres, como capitalismo liberal o economía de mercado; la segunda fase se conocerá con algún otro nombre, que todavía ignoramos. La cuestión es distinguir entre el aspecto "tecnológico" que engloba toda la época mecanicista o civilización industrial y el aspecto sociológico que diferencia la fase primera de la fase que está aún por llegar.

La situación actual del hombre puede describirse en términos sencillos. La Revolución Industrial de hace 150 años introdujo una civilización de tipo tecnológico. La humanidad puede que no sobreviva al cambio; las máquinas pueden aún destruir al hombre; nadie puede juzgar, a la larga, si el hombre y las máquinas serán compatibles. Pero como la civilización industrial no puede ni quiere ser rechazada, debe solucionarse su adaptación a los requerimientos de la existencia humana, si partimos del hecho de que la humanidad continuará.

En términos de sentido común, diremos que esta adaptación constituye el tema central de nuestras preocupaciones. Mientras, como ya hemos visto, la primera fase de la nueva civilización ha quedado atrás. Implicaba una organización social peculiar que obtuvo su nombre de su institución central, el mercado. Actualmente, en la mayor parte del mundo esta economía de mercado está desapareciendo. Sin embargo, la visión sobre el hombre y la sociedad que hemos recibido de la primera fase, persiste, y obstaculiza nuestros intentos de incorporar las máquinas a la estructura de una existencia humana estable.

La civilización industrial dio al traste con los rasgos característicos del ser humano. La máquina interfirió en el equilibrio íntimo establecido entre el hombre, la naturaleza y el trabajo. Independientemente de que nuestros antepasados anduvieran por los árboles o se escondieran en cavernas, hay un hecho que prevalece y es que tan sólo hace unas pocas generaciones que nuestro hábitat se ha visto físicamente separado de la naturaleza. Aunque a veces el pecado de Adán hiciera del trabajo una maldición, nunca amenazó con reducir nuestras horas de vigilia a movimientos mecáni-

cos inútiles ante una cadena de producción. Incluso la guerra, con todos sus horrores, constituía un medio de firmeza en el servicio de la continuidad de la vida, no una trampa mortal. No es posible predecir si este tipo de civilización puede ajustarse con éxito a las necesidades permanentes del hombre, o bien si el hombre debe morir en el intento.

No obstante, como vemos, la situación actual del hombre está determinada por un hecho adicional, no tecnológico, sino de orden social. Ya que la principal dificultad del hombre para tratar de vencer el problema de una civilización industrial surge del legado intelectual y emocional de la economía de mercado, de esa fase de la civilización en el planeta, su herencia fatídica es la creencia en la determinación económica.

Con lo cual nuestra situación es de lo más peculiar. En el siglo XIX la máquina impuso una forma de organización social sin precedentes, una economía de mercado, que resultó no ser más que un episodio. Aunque tan incisiva fue la experiencia que nuestras nociones actuales derivan casi todas de ese corto periodo.

En mi opinión, los puntos de vista sobre el hombre y la sociedad derivados de las condiciones del siglo XIX fueron fantásticos; fueron el resultado de un trauma moral tan violento en su impacto mental y anímico como la máquina con respecto a la naturaleza. Estos puntos de vista se basaban en gran medida en la convicción de que el incentivo humano podría clasificarse como "material" e "ideal" y que en la vida cotidiana el hombre actúa principalmente motivado por el primero.

Esta proposición, por supuesto, era cierta con respecto a una economía de mercado. Pero sólo con respeto a este tipo de economía. Si el término "económico" se utiliza como sinónimo de "relativo a producción", mantenemos que no existen motivos humanos que sean intrínsecamente "económicos"; y que de los así llamados motivos "económicos" habría que decir que los sistemas económicos no están normalmente basados en ellos.

Puede sonar paradójico. Sin embargo, la visión contraria, como ya hemos dicho, sería simplemente el reflejo de las condiciones peculiares que existieron durante el siglo XX.

La ilusión de los motivos “económicos”

Ahora, y muy a mi pesar, me veo obligado a perturbar vuestra delicadeza intelectual y pasar a discutir sobre economía política. No obstante, me limitaré a dirigir la atención sobre los duros perfiles del sistema económico del siglo XIX, el denominado economía de mercado. Bajo este tipo de sistema uno no puede existir a no ser que compre productos de consumo en el mercado con la ayuda de los ingresos que obtiene al vender otros productos en ese mercado. El hombre “ingreso” varía según lo que ofrezcamos vender: el precio del uso de la mano de obra se denomina salario; el precio del uso de la tierra, renta; el del capital, interés; el ingreso denominado “beneficio” procede de la venta de bienes que alcanza un precio más alto que el de los bienes que se necesitan para producirlo, dejando así un margen que constituye el ingreso del “capitalista”. Así, por tanto, las ventas producen ingreso y todos los ingresos proceden de las ventas. Incidentalmente, se está protegiendo la producción, y los bienes de los consumidores producidos a lo largo del año se distribuyen entre los miembros de la comunidad con ayuda de los ingresos que han obtenido. Un tipo de sistema así no puede fallar, siempre y cuando cada miembro de la comunidad tenga un motivo válido que le induzca a conseguir un ingreso.

Este tipo de motivo existe de hecho en el sistema: es el hambre o su espectro para aquéllos que venden el uso de su mano de obra, y el lucro para aquéllos que venden el del capital, o la tierra o el obtener beneficios por la venta de otros productos. *Grosso modo*, uno es el motivo de la clase empleada; el otro, de los que emplean. Debido a que estos dos motivos aseguran la producción de bienes materiales nos hemos habituado a denominarles motivos “económicos”.

Recapacitemos. ¿Hay algo intrínsecamente económico en estos motivos, en el sentido en que hablamos de motivos religiosos o estéticos basados en experiencias religiosas o estéticas? ¿Hay algo sobre el hambre o sobre el lucro o sobre el juego que pueden tener sus atractivos, aunque repetimos que la atracción no sea intrínsecamente “económica”? En otras

palabras, la conexión entre estas sensaciones y la actividad de producción no es inherente a las sensaciones sino que depende de la organización social. Bajo la organización de mercado, como hemos visto, este tipo de conexión existe definitivamente: hambre y lucro están unidos aquí, gracias a esa organización, con la producción. Esto explica por qué, en un sistema de mercado, llamamos a estos motivos "económicos". Pero ¿qué pasa con otras organizaciones sociales distintas de la economía de mercado? ¿También encontramos aquí que el hambre y el lucro están ligados a actividades productivas sin las cuales la sociedad no podrá existir? La respuesta es, rotundamente, no. Encontramos, como norma, que la organización de producción en la sociedad humana es de tal forma que los motivos de hambre y lucro no tienen cabida; y sin embargo, en aquellas situaciones en que el motivo hambre se encuentra conectado con actividades productivas, lo vemos mezclado con otros motivos básicos. A esta mezcla de motivos nos referimos cuando hablamos de motivos sociales, la clase de incentivos que nos hace estar de acuerdo con el comportamiento aprobado.

Si examinamos la historia de la civilización humana nos encontramos con que el hombre no actúa como defensor de su interés individual sino más bien como asegurador de su posición social, de sus reivindicaciones sociales, de sus activos sociales. Valora los bienes materiales fundamentalmente como medios para este fin. La economía del hombre, en general, está supeditada a su relación social. Algunos se preguntarán en qué hechos me baso para tales aseveraciones. En primer lugar, están los resultados antropólogos sociales en el campo de las economías primitivas. Destacan dos nombres, Bronislaw Malinowski y Richard Thurnwald. Junto con otros investigadores descubrieron hechos fundamentales sobre el lugar del sistema productivo económico de la sociedad.

No resulta evidente ni el egoísmo salvaje, ni la propensión al trueque o cambio, ni la tendencia a atenderse esencialmente a sí mismo. Igualmente desacreditada resulta la leyenda de la psicología comunista del "salvaje", su supuesta falta de apreciación de su interés personal separado, etcétera. Lo cierto es que el hombre ha variado muy poco a lo largo de la historia. Si tomamos las instituciones no separadamente sino interrelacionadas, vemos que el hombre actúa de forma comprensible para nosotros. Sin em-

bargo, en general el sistema productivo o económico está diseñado de tal forma que ningún individuo se mueve por hambre (o ante la amenaza del hambre) para participar en la producción. Su participación en los recursos de alimentos comunes está asegurada para él independientemente de su contribución a los esfuerzos productivos de la comunidad.

He aquí unas referencias. En el sistema de tierras cercadas de los cafres “la indigencia es imposible: cualquiera que necesite ayuda la recibe incuestionablemente” (L. P. Mair, *Un pueblo africano en el siglo XX*, 1934). Ningún Kwakintl “ha corrido jamás el mínimo riesgo de pasar hambre” (E. M. Loeb, *La distribución y función del dinero en sociedades primitivas*, 1936). O esta otra: “No existe la inanición en sociedades que viven sobre bases de subsistencia” (H. J. Herskovits, *La vida económica de los primitivos*, 1940). En general, el individuo de sociedades primitivas no se ve amenazado por el hambre a no ser que la comunidad en su totalidad se halle en situación difícil. Es justamente la ausencia de la amenaza del hambre individual lo que hace a las sociedades primitivas, en un sentido, más humanas que las del siglo XIX, y al mismo tiempo menos rentables. Puede aplicarse lo mismo para el estímulo del lucro individual. “El hecho característico de las economías primitivas es la falta de deseo de obtener beneficios de la producción o del intercambio” (R. Thurnwald, *La economía de las comunidades primitivas*, 1932). “El lucro, que constituye a menudo el estímulo para el trabajador en comunidades más avanzadas, jamás actúa como impulso de trabajo en las condiciones nativas originales” (B. Malinowski, *Argonautas del Pacífico Occidental*, 1930). “No encontramos en ninguna sociedad primitiva aislada que el trabajo manual se asocie con la idea de pago” (Lowie, “Organización social”, *E.S. Sc.*, vol. XIV).

El mercado, un episodio histórico

En segundo lugar, hay una continuidad sin interrupción de la sociedad

primitiva con los tipos civilizados de sociedad. Ya sea en la antigua civilización despótica, en la sociedad feudal, en las ciudades-estados, en las sociedades urbanas medievales, en las sociedades mercantiles o en el sistema regulador de la Europa Occidental del siglo XVIII, en todas nos encontramos con el sistema económico inmerso en el sistema social. Con independencia de que los motivos reales se clasifiquen como costumbres cívicas o tradición, deber o compromiso, observancia religiosa, lealtad política, obligación legal o regulación administrativa, dictadas por el Estado, municipio o cabildo, no cambia la cuestión. Ni el hambre ni el beneficio, sino el orgullo y el prestigio, el rango y el *status*, el reconocimiento público y la reputación privada proporcionan los incentivos para la participación individual en la producción. El temor a sufrir penurias materiales, el incentivo del lucro o beneficio no tienen por qué estar ausentes. Los mercados se hallan ampliamente extendidos bajo todo tipo de civilización humana y el oficio de mercader es también bastante general. Además, los mercados son sitios de comercio y de los comerciantes lógicamente se espera que actúen por motivos de lucro. Pero los mercados son simples “guetos” que no se conectan dentro de una economía. Nunca antes del siglo XIX los mercados fueron dominantes en la sociedad.

En tercer lugar, está la brusquedad con que se produce la transformación. No es una cuestión de grado sino de calidad. Se indujo una reacción en cadena y la inofensiva institución del mercado desencadenó una explosión sociológica. Al transformarse la mano de obra y la tierra en bienes de consumo, el hombre y la naturaleza se sometieron al mecanismo oferta-demanda-precio. Significó la subordinación de toda la sociedad a la institución del mercado. En lugar de ser el sistema económico quien se hallaba inmerso en las relaciones sociales, eran éstas las que se encontraban ahora inmersas en aquél.

En lugar de ser los ingresos consecuencia del rango y el *status*, eran ahora el rango y el *status* quienes venían determinados por los ingresos. La relación entre *status* y *contractus* se invertía —tomando esta última el lugar de la primera en todas partes. Hablar simplemente de una “influencia” ejercida por el factor económico sobre la estratificación social fue un grave error. Los lados de un triángulo no “inflúan, estrictamente hablan-

do, sobre los ángulos, sino que los determinaban”. El funcionamiento de una sociedad capitalista no estaba simplemente “influida” por el mecanismo de mercado, sino que éste lo determinaba.

En ese momento las clases sociales coincidían con la “oferta” y la “demanda” en el mercado de la mano de obra, la tierra, el capital, etcétera. Además, debido al hecho de que ninguna comunidad humana puede existir sin un aparato productivo funcional, todas las instituciones en la sociedad deben ajustarse a los requerimientos de ese aparato. El matrimonio y la educación de los hijos, la organización de la ciencia y la educación, de la religión y las artes, el elegir la profesión, las formas de vida, las formas de compromiso, incluso a niveles de estética de la vida cotidiana, deben estar moldeadas según las necesidades del sistema. ¡Aquí apareció “la sociedad económica”! En este punto podría decirse con seguridad que la sociedad estaba determinada por lo económico. Y lo que es más importante, nuestros puntos de vista sobre el hombre y la sociedad se tenían que ajustar violentamente al tipo más artificial de todos los entramados sociales. En un tiempo increíblemente corto los puntos de vista más fantásticos de la condición humana se hicieron vigentes y alcanzaron el *status* de axiomas. Os lo explico.

Las actividades cotidianas de hombres y mujeres, en un sentido lógico, se hallan en gran parte relacionadas con la producción de bienes materiales. Como, en principio, el motivo único de todas estas actividades no era ni el miedo al hambre ni el afán de lucro, resto de los motivos y se les consideró como los incentivos normales del hombre en sus actividades cotidianas. Los demás incentivos, como el honor, el orgullo, la solidaridad, las obligaciones cívicas, los deberes morales o simplemente un sentido común de la decencia se consideraron como motivos no relacionados con la vida diaria, y más bien asociados con una naturaleza poco común y más esotérica, fatídicamente resumidos bajo el epígrafe “ideal”. Se supuso al hombre formado por dos componentes: los asociados con el hambre y el lucro y los relacionados con la piedad, el deber y el honor. Los primeros se consideraron “materiales”, los segundos “ideales”. Las actividades productivas se clasificaron incuestionablemente como materiales. El hombre, al depender estrictamente de los medios de subsistencia, desembocó en

una moralidad materialista. Todos los intentos por corregirlo en la práctica se hallaban abocados al fracaso, ya que en este momento intentaban abogar por una moralidad “idealista” igualmente ficticia. Esta es la fuente de ese fatídico divorcio entre lo material y lo ideal que es el punto crucial de toda nuestra antropología práctica: en lugar de los “motivos eclécticos” en los cuales el hombre se identifica consigo mismo, se transformó en un supuesto hombre dividido “material” e “ideal”. El dualismo paulatino de carne y espíritu fue simplemente una propuesta de la antropología teológica. Tenía muy poco que ver con el materialismo. En la economía de mercado la sociedad humana se organizó sobre líneas dualistas: la vida cotidiana sobre la línea material, los dominios sobre lo ideal.

Ahora bien, si esta definición del hombre fuese cierta, cada una de las sociedades humanas tendría que tener un sistema económico distinto, basado en “motivos económicos”, al igual que los existentes en la sociedad decimonónica. Por esto es por lo que la visión mercantilista del hombre es también una visión mercantilista de la sociedad. Bajo la influencia de las condiciones del siglo XIX parecía obvio que deberían existir instituciones económicas separadas y distintas. El que el sistema económico esté “in-crustado” en las relaciones sociales significa precisamente esto.

Tal situación explica la creencia actual en el determinismo económico. Dondequiera que haya un sistema de economía separado, los requerimientos de tal sistema determinarán todas las demás instituciones de la sociedad. No existe alternativa posible, ya que la dependencia del hombre de los bienes materiales no lo permite. Que el determinismo económico fuera la característica de la sociedad decimonónica se debió exactamente a que en esa sociedad el sistema económico era separado y distinto del resto de la sociedad y se basaba en una serie exclusiva de motivos —hambre y lucro.

Algunas conclusiones

Permitidme llegar a algunas conclusiones. La labor de ajustar la organiza-

ción de la vida a la realidad de una civilización industrial todavía nos concierne. Nuestras relaciones con el hombre, el trabajo y la naturaleza tienen que remodelarse. La bomba atómica ha hecho que el problema, simplemente, sea más urgente.

La civilización que buscamos es una civilización industrial en la que se satisfagan los requerimientos de la vida humana. La organización mercantil de la sociedad ha fracasado. Se está desarrollando alguna otra organización. Es una labor tremenda integrar a la sociedad en un nuevo camino. Es el problema de una nueva civilización.

Pero no nos dejemos intimidar por la pesadilla del determinismo económico. No nos dejemos engañar por la idea de que la naturaleza del hombre es pobre y cruel: la falacia dualista, según la cual los incentivos sobre los que se organiza la producción surgen de una clase de motivos, y los incentivos sobre los que se fundamentan el esfuerzo comunitario, los ciudadanos ejemplares y el alto logro político derivan de otra clase diferente de motivos.

No imaginemos que el sistema económico debe limitar los logros de nuestros ideales en la sociedad. Solamente la sociedad que se halla inmersa en el mercado está determinada por el sistema económico. Ninguna otra sociedad lo está.

Analicemos el problema de la libertad. Gran parte de la libertad que amamos —las libertades civiles, la libertad de discurso, etcétera— fueron producto del capitalismo. ¿Necesitan desaparecer de él? No, en absoluto. El imaginar esto es simplemente una ilusión del determinismo económico —que es válido sólo en una sociedad de mercado. El temor de Hayek a la servidumbre es la aplicación ilógica del determinismo económico a una economía no mercantilista. Podemos tener más libertades cívicas —y por supuesto extender las libertades cívicas al campo industrial.

También el Sr. Burnham ha profetizado ampliamente sobre líneas supuestamente marxistas, sobre la clase que debe dirigir, etcétera. Todo ello basado en las líneas del determinismo económico. Sin embargo, asume el final de la economía-mercado, la única en que este determinismo existe.

El *lasciate ogni speranza* del determinismo económico queda atrás. Al liberarse de la esclavitud al mercado, el hombre también consigue una li-

bertad más importante, su imaginación es de nuevo libre para crear y modelar su sociedad, seguro de sí mismo y con la confianza de que puede poseer toda la libertad que necesita para planificar, organizar y salvaguardar.